Núm. 208

COMEDIA FAMOSA.

MAS VALE TARDE QUE NUNCA.

DE DON JOSÉ JULIAN DE CASTRO.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

Ladislao, *Rey de Ungría.* ‡ *Lidoro*, *Galan.* ‡ *Peregil*, *Gracioso.*
Federico, *General*, *Galan.* ‡ *Aurelio*, *Barba.* ‡ *Soldados Ungaros.*

ACTO PRIMERO.

Tocan cajas y clarines dentro, y dicen.

Unos. Viva el guerrero Marte prodigioso.
Otros. Viva nuestro Caudillo valeroso.
Unos. Corone de laurel su frente altiva.
Otros. Viva el gran Federico.
Todos. Viva, viva.

Salen Federico, Galan, con plumas, botas, espuelas y baston de General, Peregil, Gracioso, de Soldado ridículo, y Soldados Ungaros.

Fed. En este ameno y deleitoso prado,
de lluvias de jazmines salpicado,
catre de Venus, tálamo de Flora,
y gabinete hermoso de la aurora;
pues en la perfeccion de su belleza
archivó el cielo su mayor riqueza,
para hechizo del gusto delicioso;
que si en el gabinete mas precioso
los pinceles retratan los primores
de las fuentes, las aves y las flores;
aquí, donde en olor, canto y bullicio
vive lo natural sin artificio,
su lucimiento brilla en sumo grado,
lo que va de lo vivo á lo pintado.
En este pues imperio de Amaltea,
ó ya sea pensil ó hibleo sea
cuya fragrancia, pompa y amenura
con incesante métrica dulzura
en cánticos divierte mas suaves
la celestial capilla de las aves,
al compás de sus cláusulas sonoras
hagan alto mis tropas vencedoras;
y en union concertada,
para el insigne triunfo de la entrada,
que en la corte de Ungría me previenen,
se dispongan, se formen y se ordenen.
Puéblese el aire con marcial decoro
de jardines de seda y montes de oro,
que eleven en sus plácidas regiones
estandartes, banderas y pendones.
Matice el sol, cuando desde su esfera
en las doradas armas reverbera,
los grabados arneses,
los escudos, adargas y paveses.
El zéfiro trémulo bullicioso
con travieso susurro presuroso,
las plumas, las garzotas, los airones,
de cimeras, de yelmos y morriones.
Toda la infantería acuartelada
desfile en dos columnas ordenada,
guarneciendo esforzados
de su militar cuerpo los costados
de la caballería en los bridones
tantos marciales jóvenes garzones,
cuyo denuedo, gentileza y arte,
da lucimiento al sol, y envidia á Marte.
Saluden con la fuerte artillería
á la insigne metrópoli de Ungría,
las consonancias del Favonio inquietas
de pífanos, de cajas y trompetas,
que acompañen en todos sus confines,
flautas, oboes, trompas y clarines,
de alborozos vistiendo el aire manso;

que no vivo, no aliento ni descanso
hasta poner entre venturas tantas
á las augustas generosas plantas
del grande Ladislao, honor del mundo,
nuevo Alejandro, y Marte sin segundo,
para eterno blason de su memoria
el alto triunfo de esta gran victoria.

Per. Ya tus órdenes cumplen tus soldados;
mas qué mucho, si vienen enseñados
á tragarse las balas de rodillas,
como si fuera un plato de natillas?
Y aun se ha visto soldado con donaire,
que viniendo una bomba por el aire,
en vez de retirarse, por no vella,
un cigarro al pasar encendió en ella.

Fed. Asi valientes, firmes y animosos,
coronados de timbres belicosos,
honra dan á su nombre con su acero.

Per. No hay honra mas segura que el dinero.

Feder. Por qué?

Pereg. Porque el dinero con sus salvas,
noble hace ser al que nació en las malvas:
por el dinero echa sus coches bellos
quien siempre anduvo á la trasera de ellos:
por el dinero hay vieja con engaños,
que parece una niña de quince años,
y si salir de casa determina, (na;
se encuentra un casamiento á cada esqui-
porque en línea de novios, si conviene,
es la que tiene mas, la que mas tiene:
y en fin, por el dinero, á coyuntura
todo se ablanda, todo se madura: (bre,
mas por sola la honra, aunque se encum-
no he visto dar sino una pesadumbre.

Fed. Qué profesion mas esplendor encierra,
que el arte soberano de la guerra,
donde sin los agravios de la cuna
cada uno se labra su fortuna?
Cuántos humildes animosos hombres
consiguieron por ella eternos nombres?
Y cuántos héroes, que el valor pregona,
con la espada adquirieron la corona?

Per. Que es evidente aqueso no argumento;
mas si yo he de decirte lo que siento,
entra tanto una bala si á uno encuentra,
que por eso la guerra no me entra. (de,

Fed. De la guerra el honor del hombre pen-
ella inflama el valor y el pecho enciende.

Per. Que enciende á algunos nadie lo venti-
pero tambien á muchos despavila. (la,

F. De la fama asi obtienen la gran joya (ya.

Per. En muriéndome yo, mas que arda Tro-

Fed. Ella convida á despreciar la vida.

Per. No es mala la merienda que convida.

Fed. Noble espíritu anima á los varones,
que de la guerra siguen los pendones.

Per. Harta guerra en la corte, segun pasa,
tiene con su muger el que hoy se casa;
pues asi que abre el ojo á tal antojo,
no queda en paz hasta que cierra el ojo.

Fed. Como hombre bajo, en fin, mostrar ordenas
la sangre que circula por tus venas.
Mas pues ya el sol en tibios esplendores,
si no apaga, suaviza sus ardores;
ya que á mi voz sobre las armas puesto
el egército todo está dispuesto,
fuego el cañon respire, cruja el parche,
haga seña el clarin, y el campo marche.

Vase con los soldados, haciendo salva.

Per. Marche; y pues en regiados escuadro-
se mueven ya los batallones, (nes
adelantarme quiero, y muy de espacio
de hoz y de coz meterme en el palacio;
que de este mundo infiel en el banquete
es el que saca mas quien mas se mete:
y asi voime diciendo en voz festiva. *Vas.*

Todos Viva el gran Federico, viva, viva.

Salen el Rey, Lidoro y Aurelio.

Rey. Absorto estoy de escucharte
conspiracion tan dañosa.

Lidor. Señor, vuestra Magestad
mis lealtades reconozca,
y como prudente evite
los riesgos de su persona.
Los populares tumultos
regularmente se forman
de imperceptibles centellas,
que si al nacer se sufocan,
con facilidad se extinguen,
se embarazan y se cortan:
mas si á tomar cuerpo llegan,
cuanto examinan devoran.
Federico, gran señor,
cuya hidrópica ambiciosa
sed de aplausos y de honores
sus altas prendas desdora,
tiranizaros pretende
con la vida la corona.
Para este fin auxiliado
de las huestes numerosas,
con que triunfante del Asia,
victorioso á Ungría torna,
y protegido de cuantas
viles familias traidoras,
con el presente gobierno
no se ajustan ni conforman,
infielmente determina
ocupar la ciudad toda,
y hacer que nobleza y plebe
por su Rey le reconozcan,

dejando en vuestra real sangre
su aleve cuchilla roja.
Miento, que al siniestro informe *ap.*
de ficcion tan cautelosa,
sola la rabia me mueve
de ver que su zelo estorba
á mi ambicion, que de Ungría
el cetro en mis manos ponga,
dando muerte al Rey; mas yo
lo dispondré de tal forma,
que no pueda Federico
ser estorbo de mis glorias.
Rey. Y por qué medio se sabe
aquesa traicion impropia?
Lidor. Conjuraciones tan grandes,
que aun discurridas asombran,
preciso es que se manejen
por tan distintas personas,
que por mas que á muchas cierre
eloquente é imperiosa
la retórica del oro,
ya los labios, ya las bocas:
no faltó alguna, que viendo
á cuanto riesgo se exponga,
antes de volar la mina,
no el descubrirla disponga.
De ser cierta la conjura
varios avisos informan,
tan contestes, que en el caso
ni varian ni discordan.
Pero qué prueba mas firme,
mas constante y mas notoria
se puede dar que esta carta,
en quien de Constantinopla
cierto ministro me escribe?
pero digalo ella propia. *Dásela al Rey.*
Lee el Rey. *La libertad que el general úngaro concedió á Alí Soliman, Gran Visir del Imperio Otomano, y el tránsito pacífico de sus tropas por el Danubio á vista de las armas de aquel gefe, dieron bastante que hablar en esta corte en orden á su conducta; pero con el regreso de Soliman á ella cesaron las pláticas, pues informó á la Puerta dejaba concluido un tratado secreto con aquel general, en que se prometia hacer el reino de Ungría feudatario del Gran Señor, como este le protegiese con sus armas, á fin de destronar al Monarca reinante, y ocupar el augusto solio. Otras circunstancias dicen que tiene esta convencion que observar: pero hasta ahora no se han podido traslucir. Quedo como siempre vuestro.*
Lidor. Ved si es cierto lo que digo.
Vertí toda la ponzoña, *ap.*
de esta vez consigo cuanto
anhela mi ansia traidora.
Rey. Lidoro, yo te confieso,
que entre dudas y congojas
mi entendimiento naufraga,
y mi discurso zozobra.
Bien sabes, que á Federico
ilustre sangre le informa,
pues de su clara ascendencia
los héroes que en paz reposan,
aun en los mármoles frios
están palpitando glorias.
Criado siempre en la corte,
bien quisto en ella, y en todas
altos empleos maneja,
que desempeña con honra.
Las veces que vuelve el turco
hácia nosotros sus tropas,
y Ungría para batirle
sus tafetanes desdobla,
quién si no es él animoso
castiga su vanagloria,
coronando de trofeos
sus expediciones todas?
Pues cómo he de presumirme
á que un varon, que se adorna
de excelencias tan brillantes,
y virtudes tan heroicas;
contra sí, contra su patria,
contra su sangre gloriosa,
y contra mí, que es lo mas,
igual conspiracion forma?
Lidor. Si no avivo aquesta llama, *ap.*
mis designios se malogran.
Quien á crímenes tan grandes
traidoramente se arroja,
olvida y pospone cuanto
á sus intenciones obsta;
y de ingratitudes tales
llenas están las historias.
Vuestra vida corre riesgo;
la patria muere, y lo ignora;
yo cumplo con dar aviso,
por si á su remedio importa:
ahora lo que gustare
vuestra Magestad disponga.
Rey. Para mayores empeños
sola mi prudencia sobra.
Despacha un correo al punto,
y á Federico le informa,
que en los lugares vecinos
acuartelando las tropas,
venga al instante á la corte,
porque á mi servicio importa.

Lidor. Gran señor, aunque parece,
que no es una orden tan pronta
resolucion acertada,
solo obedecer me toca.
Si á Federico derribo, *ap.*
aseguro la corona. *Vase.*
Rey. Dispon tú que en mi palacio
mayor guarnicion se ponga.
Aurel. Asi lo haré: aqueste dia *ap.*
el palacio ha de ser troya. *Vase.*
Rey. Qué dijera de mí el mundo,
si por una venturosa
calumnia, que de la envidia
supo engendrar la lisonja,
la estatua de mi cariño
quedase deshecha y rota?
Federico es mi privado,
su prudencia me apasiona,
él gobierna mis provincias,
descansa en él mi corona:
pues qué hay que maravillar,
que la emulacion, zelosa
fiera, que habita en las cortes,
como en los montes las otras,
desquiciar pretenda el templo
de su esplendor y su gloria?
Yo apartaré á Federico
de mi corte y mi persona,
desposeido de cuantos
honores su pecho adornan,
para ver si de este modo
la envidia se desenoja,
inquiriendo con secreto
esta novedad pasmosa:
y si en él hubiese culpa,
tiempo para el rigor sobra.
Pero si, como lo creo,
venciendo las negras sombras,
que á su luz se oponen, sale
su lealtad vencedora,
juro á los divinos cielos
de hacer con él tantas honras,
que á vista de su grandeza,
los que le envidian se cortan.
Pero qué clarin sonoro *Clarin.*
las esferas alboroza?
Qué es aquesto? *Sale Peregil.*
Pereg. Qué ha de ser?
que coronado de glorias
en este punto, este instante,
este minuto, esta hora,
el gran Duque Federico,
nuevo Marte de la Europa,
que al mismo Alejandro Magno
le pudo hacer la mamola,
despues que veinte mil turcos
envió á cenar con Mahoma,
mas tieso que un escribano
cuando una confesion toma,
mas alegre que una viuda
cuando la sale otra boda,
y mas veloz que un casero
cuando va á coger la mosca,
de su egército á la frente,
sale, llega, marcha, trota,
corre, vuela, sube, baja,
brinca, salta, vuelve, torna,
y á ponerse á vuestros pies,
viene, señor, en persona.
Rey. Y quién eres tú? *Per.* Un soldado
de cólera tan briosa,
que para matar un pollo
alboroto una parroquia. *Saca un papel.*
Pero aqui de mis hazañas
escrita traigo la historia.
Rey. Pues qué tus hazañas mismas
escribe tu pluma propia?
Pereg. Sí señor, que no está el tiempo
para fiarlo de otras.
Rey. Y qué hazañas son las tuyas?
Pereg. Muy grandes, aunque son pocas:
una, haber muerto un cochero.
Rey. Y esa es hazaña? *Pereg.* Y notoria,
que no es tan facil matar
á un hombre de tanta monta.
Rey. Y por qué fue? *Per.* Porque atento
me avisó en cierta camorra,
que me querian prender.
Rey. Fue injusticia. *Per.* No hay tal cosa,
que avisar y ser cortés
á un cochero no le toca.
Otra, estando yo en campaña
vi puesto sobre una roca
un soldado amigo mio,
y sacando una pistola,
apuntándole una bala,
tiré á derribarle aposta.
Rey. No fue injuria? *Pereg.* No señor,
que es lo que se estila ahora.
Rey. Pues si el tal era tu amigo?
Pereg. Por aquesa razon propia;
que hoy son los amigos como
el Apostol de la bolsa,
y hasta ver á uno caido
no descansan ni reposan.
Rey. Aun este necio en sus chistes *ap.*
mis dictámenes apoya.
Humor gastas. *Pereg.* Aqui mucho.
Rey. Y en la guerra? *Per.* Ni una onza;
porque el humor se desagua,
cuando el acero se toma.
Rey. Y qué pretendes? *Pereg.* Pretendo.

pues mis servicios me abonan,
una plaza, que en el aire
cualquiera niño la logra.
Rey. Y qué es? *Pereg.* Una alferecía,
que viene á pedir de boca.
Rey. Pues yo solamente en premio
de hazañas tan generosas
un consejo quiero darte,
y es, que las marciales honras
pretendas, si acertar quieres,
con la lengua de las obras,
que en el tribunal de Marte
no se habla con otro idioma. *Vase.*
Pereg. Ira de Dios, y qué pulgas
que gasta el Rey! fuego, sopla:
pero por fin desengaña
sin andarse en ceremonias,
en cortejos ni funciones,
pues despues que uno malogra
toda la flor de su vida,
sin mas fruto que esta hoja,
para darle cualquier plaza
con que la suya socorra,
le hacen antes dar mas vueltas,
que la mula de una noria;
y porque nadie lo dude,
vaya una pintura tosca.
Con el ardiente deseo
de ganar dinero en forma,
cosa, que si bien se atiende
en estos tiempos de ahora,
sacará de sus casillas
al tabernero de Atocha:
se mete uno á ser soldado,
religion la mas penosa,
con mas trabajo que algunas,
y menos racion que todas.
Mientras hay paces, tal cual
pasa un hombre su derrota
bien, porque hay alojamientos,
hay gallinas, y hay patronas;
mas declarada la guerra
empieza la batahola:
marcha allí, marcha acullá,
hoy á Argel, mañana á Roma,
pasado mañana á Flandes,
y esotro dia á Liorna.
Descúbrese el enemigo:
fuego de Dios, y qué tropa!
Ya se mueven las escuadras,
ya el General nos exhorta
á despreciar una vida,
como si uno tuviera otra.
Ya comienzan los cañones
á echar almendras tan gordas,
y ya trompetas y cajas
á formar el cuadro tocan.
Aquí es ella: ay vírgen mia!
que nos cercan, que nos cortan:
ánimo, y nadie desmaye,
aunque en aquesta derrota
le hagan los sesos tortilla,
y los huesos pepitoria.
Bum, bum, bum: Jesus mil veces!
Qué ha sido eso? no fue cosa;
una bala, que á seis hombres
los hizo abrir tanta boca.
Nuestro es el dia, muchachos:
ahora es la ocasion, ahora.
A uno sin brazos le dejan,
á otro las piernas le doblan,
á otro los ojos le sacan,
y á otro envian por las costas.
Nadie afloje, mueran todos,
cruja el parche, y arda Troya:
ánimo, que ya desmayan:
á ellos, á ellos, que aflojan:
Qué batalla hemos ganado!
buen suceso! gran victoria!
de esta vez á cada pobre
plaza de tambor le toca.
Acábase la campaña,
á la corte un hombre torna;
va á pretender, y en un siglo
no encuentra una buena hora;
porque despues que anda el pobre
tres años á la maroma,
corriendo por esas calles
como caballo de posta,
que solo en considerarlo
sudo la gota tan gorda,
logra:- qué? una racion de hambre,
y esto si acaso la logra:
mas si siempre fue lo mismo,
dejemos correr la bola. *Clarin.*
Pero ya, segun anuncian
las dulces marciales tropas,
al salon de las audiencias,
donde su sitial coloca
el Rey, llega Federico
á ofrecerle la victoria:
y pues solamente asisten
á tan grave ceremonia
los príncipes y magnates,
esta cortina me esconda,
y de ver mi atrevimiento
plegue á Dios que no se corra.
Retírase á un lado, y salen el Rey, Federico, Lidoro y Aurelio.
Feder. Inclito Monarca Augusto,
en cuyos dignos aplausos
los clarines de la fama

tantas veces resonaron; *Arrodíllase.*
á vuestros pies se coloca
quien el valor emulando
de vuestro fuerte animoso
noble espíritu gallardo,
de las Otomanas Lunas
los celages eclipsando
en marcial funcion reñida,
digna del bronce y del marmol,
de vuestras heroicas armas,
y vuestro nombre preclaro
deja el crédito aplaudido,
y el honor acrisolado.
Rey. Alzad. *Feder.* Notable aspereza!
Isidor. Obró el veneno del vaso. *ap.*
Rey. En fin vencisteis? *Feder.* Señor,
vuestro influjo soberano
fue quien ministró glorioso
esta victoria á mi brazo:
y pues por ser gloria vuestra,
mi pecho está alborozando,
permitid que la traslade
desde el corazon al labio.
Rey. Decid. *Aurel.* Qué severidad!
Pereg. O en las cosas de palacio
no estoy yo aun bien cocido,
ó el Rey está mal guisado.
Feder. Para la mayor batalla,
que vió el circular teatro,
ni de Neptuno en los golfos,
ni de Diana en los campos,
animó el bronce sus trompas,
previno el fuego sus rayos,
desnudó Marte el acero,
y abrió sus pórticos Jano.
Alí Soliman, aquel
valiente Turco gallardo;
Visir de Constantinopla,
y Gobernador del Cairo,
cuyas generosas sienes
tantas veces coronaron
las verdes pomposas ramas
de los laureles sagrados,
con el formidable grueso
marcial ruidoso aparato
de ochenta mil combatientes
entre infantes y caballos,
que al Danubio caudaloso
las márgenes fatigando
de sus cristalinas ondas
los raudales agotaron:
despues de haber en sus marchas
á sangre y fuego talado
de los tesoros de Ceres
los rubios fértiles granos,
que en ramilletes de espigas
fueron de zéfiro halagos,
desvanecido y soberbio
sitió animoso á Belgrado,
plaza la mas importante
de Ungría, pues refrenando
de las otomanas huestes
los ímpetus temerarios,
es la llave de la Europa,
y su antemural resguardo.
O jamás el tiempo llegue,
que sus muros ocupando,
de Europa llegue la Puerta
tener la llave en la mano!
El zelo, ánimo, constancia
y ardor con que los sitiados
rebatieron vigorosos,
y valientes rechazaron
sus furiosas baterías
y generales asaltos,
de Soliman las ideas
totalmente disiparon;
en cuyo tiempo la Ungría
un egército formando
de treinta y cinco mil hombres,
número, que bien mirado,
al contrario superaba,
aunque inferior al contrario;
pues para el valiente esfuerzo
de cada úngaro bizarro,
con ser tantos los infieles,
aun no eran bastantes tantos.
Y fiado á mi valor
de General suyo el cargo,
honra que dejó mi pecho
temeroso y asustado,
porque empleo tan glorioso,
porque honor tan soberano
no consiste en adquirirlo,
sino es en desempeñarlo;
me ordenó, que diligente,
todas las marchas doblando,
sobre las bárbaras tropas
apostase mis soldados,
donde á una campal batalla
les empeñase bizarro.
Egecutélo zeloso,
y aunque el lance era arriesgado,
por consistir de la empresa
el suceso bueno ó malo,
en diligencia y secreto,
difíciles medios ambos,
desvaneciendo imposibles,
tan cerca nos acampamos
del turco, que sus trompetas,
al romper el dia claro,
se bebieron todo el ambar

que las nuestras respiraron.
No se durmió Soliman,
aunque le sorprendió el caso,
que uno es admirar el cuerdo,
y otro prevenir el sabio:
y asi dividiendo al punto
su egército dilatado
en dos numerosos cuerpos,
al uno dejó encargado,
que reprimiese animoso
el teson de los aliados;
y con el otro tendido
en dos alas sobre el campo,
para admitir la batalla
se dispuso atrincherado.
Jamás al verse los dos
egércitos afrontados
de la sombría alameda,
entre los floridos cuadros,
para delicia y recreo
de los sentidos humanos,
se pudo proporcionar
objeto mas delicado;
pues el zéfiro travieso
blandamente tremolando
las plumas de los airones,
de los yelmos los penachos,
hechos pensiles los vientos
de pabellones lunados,
de militares banderas,
y de pendones cruzados,
sembrada la verde selva
de vivos árboles blancos
en la Arcadia producidos;
y á la Europa trasplantados,
crugiendo el parche ruidoso,
fogoso el cañon bramando
entre armonías de Venus,
de Palas entre aparatos,
infundiendo nuevo aliento,
nuevo espíritu engendrando,
y el sol en las blancas armas
luciendo y reverberando,
ofrecieron á los ojos
el mas insigne, el mas raro
maravilloso oxcelente
dulce espectáculo grato,
que vió Roma en sus antiguos
famosos anfiteatros.
Prevenida pues la gente;
y ardiendo ya todo el campo
en la marcial impaciencia
de venir presto á las manos,
habiendo los capitaues
á sus tropas exhortado
á menospreciar la vida
para conseguir el lauro,
haciendo señal las cajas,
y el último orden dado,
empezó la artillería
á inundar el aire vago
de basiliscos de plomo,
y de abrasadores rayos,
á cuyo tronante estruendo,
á cuyo horroroso estrago
las bóvedas del abismo
crugieron y resonaron.
En esta primer descarga,
las vidas sacrificando,
furiosamente rompimos
su gran guardia de á caballo,
cargandola de tal modo,
que al retirarse, encontrando
de su egército la frente
en dos líneas ordenado,
la desbarató de modo
con su interior sobresalto,
que antes que á ocupar volviese
el puesto desamparado,
dos batallones de turcos
poner en fuga logramos.
Asi principió este dia
por uno y por otro campo,
la accion que hará en las historias
eterno vuestro reinado.
No asi en las obscuras noches
del frígido invierno helado
se desprende de los aires
sobre los altos collados
espesa menuda copia,
túpido vulgo cuajado
de mariposas de nacar,
ó de estrellas de alabastro,
como infestando los vientos,
rápidos se desgajaron
de fuego y metal veloces,
áspides envenenados,
melancólicos cometas,
que predijeron infaustos
la muerte de cuantos pudo
inficionar su contagio,
siendo tanto el fuego vivo,
que abortó el sulfúreo parto
de los ardientes Vesubios,
de los Mongibelos vagos,
que el sol en su quinto cielo
del calor abochornado,
iba á padecer confuso
tan pavoroso desmayo,
que fue menester, que al verla
de tanto ardor sofocado
las plumas de las cimeras

abanicasen sus rayos:
y aun temeroso quizas,
de que infantes tan gallardos,
declarándole la guerra,
le echasen del solio abajo,
se escondió medrosamente
de Tetis en los estrados,
para que ella le amparase,
si le seguian los pasos.
Proseguia la batalla
con teson tan porfiado,
que aunque el Dios Marte en su trono
tenia ya preparado
el laurel para la frente
del que venciese al contrario,
rehusó darle á ninguno,
de las dos partes instado:
de unos y de otros confuso,
y de todos admirado.
En la suspension dudosa
del marcial éxtasis, vario
estaba el campo, teniendo
la fortuna en igual grado,
cuando á Soliman distingo
en un albanés caballo,
monte vestido de pieles,
y de azavache peñasco.
La lanza enristré, le busco,
y hácia el con denuedo parto:
pero el turco valeroso
la fuerte adarga embrazando,
batió el encuentro, y del golpe
tan altas las dos echamos
las dobles erradas lanzas,
que al romper el azul claustro,
subiendo astillas de pino,
flechas de carmin bajaron.
Al segundo choque fue
Soliman mas desgraciado,
pues traspasando mi acero
su bruñido arnés grabado,
peligrosamente herido
se desprendió del caballo,
donde del turbante rojo
la pedrería saltando,
mullido catre le forma
de diamantes y topacios;
y rindiéndose á mi esfuerzo
á las tiendas le llevaron,
en donde mandé que fuese
zelosamente curado,
porque honrar al enemigo
ha sido siempre acertado.
Preso el General, sus tropas
de tal modo desmayaron,
que por mas que Muley Xeque,
que era el comandante ó cabo
del cuerpo que sostenia
el sitio, vino á su amparo,
tanta era la confusion,
el miedo y el sobresalto,
que no atendieron las voces
con que procuró animarlos,
pues en vergonzosa fuga
la funcion desampararon.
Asi de las corbas hoces
á los hierros afilados
la cerviz dorada inclinan
las rubias mieses del campo,
como de nuestros soberbios
desnudos alfanges blancos,
víctimas fueron los tristes
infieles acobardados.
Era la medrosa noche,
cuyas sombras duplicaron
del humo y del polvo, espesos
caliginosos nublados:
y aunque su lobreguez mustia
nos estaba convidando
á exterminar á los turcos,
deshechos y derrotados,
que por un estrecho puente
el Danubio repasaron;
y en donde el temor á muchos,
que los cortaba los pasos,
dió monumento de espumas
con transparente epitafio;
rezeloso en aquel lance
de los fatales acasos,
que de la noche las sombras
tal vez han ocasionado
hacer la puente de plata,
determiné lo contrario;
y asi toqué á retirar,
vuelta á los cuarteles dando,
en donde supe que el oro,
retóricamente sabio,
persuadió con eficacia
á los infieles soldados,
á quienes de Soliman
la custodia habia fiado,
á que en un ligero bruto
le hiciesen poner en salvo,
noticia que engendrar pudo
en otros algun cuidado:
pero en mí no; pues si miro,
que en venganza de su agravio
vendrá mañana trayendo
nuevo egército á su cargo,
y esto ha de ceder en gloria
de nuestro valor gallardo;
razon es que vuelva libre

quien nos favorece tanto.
A la mañana siguiente
reconocimos el campo,
en donde fue tan copioso
el número extraordinario
de militares pertrechos,
de bélicos aparatos,
y de importantes tesoros,
que en sus cuarteles hallamos,
que excedió de nuestra idea
los senos imaginarios.
Por cuya razon las tropas,
en jubilosos disparos,
al gran Dios de las Batallas
reverentes saludaron,
dándole gracias humildes,
finos, gozosos y ufanos,
porque fió de nosotros
el castigar esforzados
á los que su santo nombre
tantas veces injuriaron.
Este aplauso generoso,
este vencimiento raro,
esta singular victoria,
este triunfo soberano,
ní es vencimiento ni es triunfo,
ni es victoria ni es aplauso,
para quien brioso espera,
de su valor inflamado,
obscurecer la memoria
de los héroes otomanos,
rompiendo sus medias lunas,
y de cruces coronando
de sus elevadas torres
los chapiteles dorados,
hasta conseguir que sea
su imperio del nuestro esclavo,
y la gran Constantinopla
corte del mundo cristiano.
Porque vuestro nombre augusto,
siempre pio, y siempre claro,
en caractéres de bronce,
en láminas de alabastro,
á los venideros siglos
logre quedar estampado.
Aurel. Gran batalla!
Pereg. Noble empresa!
Lidor. De envidia y cólera rabio: *ap.*
mas la carta hará su efecto,
pues conviene con el caso.
Rey. Dé principio me cautela *ap.*
al designio meditado.
Per. De esta vez me hacen alferez
ó capitan de caballos.
Rey. Federico, los trofeos
de que venís coronado,
que sois buen capitan muestran,
pero desleal vasallo.
Y pues los piadosos cielos
de revelar se han dignado
de vuestras inteligencias
los mas ocultos arcanos,
del mando desposeido,
del empleo exonerado,
de mi palacio salíos,
de mi corte retiraos,
si no pretendeis soberbio,
atrevido y temerario,
que contra vuestra cabeza
esgrima mi ceño airado
justo decreto, que firme
el acero, y no la mano.
Ay Federico! perdona *ap.*
á mi cariño este agravio. *Vase.*
Feder. Divinos cielos, qué escucho!
Pereg. Buenos habemos quedado!
por Dios que la alferecía
se fue á dolor de costado.
Lidor. Duque, pues su Magestad
se mira tan irritado,
sin duda que á sus enojos
grande motivo habeis dado.
Riguroso es el castigo,
mas con justcia aplicado,
á quien traidor pone en venta
la vida del Soberano.
Ea, ambicioso deseo, *ap.*
ya el primer triunfo has logrado.

Vase por donde se fue el Rey, y quiere detenerle Federico.

Feder. Aguarda, Lidoro, escucha,
qué mi honor::-
Pereg. Echale un galgo:
ten paciencia, que ahora empiezas
á beber aquestos tragos.
Aurel. Federico, yo no creo,
que vos hayais intentado
obscurecer vuestras glorias
con lunares tan infaustos:
lo que creo es, que la envidia,
víbora de los palacios,
en sus venenosas garras
pretende despedazaros.
Cosas son de la fortuna,
y asi, señor, conformaos,
que el tiempo todo es mudanzas,
hoy dichas, mañana estragos. *Vase.*
Pereg. Este habla bien, pero escapa;
porque en cayendo un Privado
todos le tiran, y todos
huyen de él como del diablo.

Feder. Ay infelice de mí!
llegó de mi muerte el plazo.
Pereg. Qué es esto, señor? qué es esto?
Feder. Qué ha de ser? que desplomado
de mi privanza el robusto
instable edificio vago,
se desprende pavoroso
la gran máquina arruinando,
en quien la fortuna quiso
coronarme de sus lauros.
Ya se apaga este lucero,
ya se humilla este peñasco,
ya se desmaya esta rosa,
ya se disuelve este rayo,
y ya en fin aquesta nave
corre el último naufragio.
Ah, fortuna! cuán volubles
son tus mentidos halagos!
A Dios, militares glorias,
á Dios, bélicos aplausos,
á Dios, baston abatido,
á Dios, laurel deshojado,
á Dios, procelosa corte,
patria comun del engaño,
á Dios, que ya de tu centro
lleno de congojas salgo.
Yo de traidor convencido!
de desleal yo ultrajado!
eterna será la vida,
que al oirlo me ha sobrado.
Pero qué es lo que pronuncio?
cómo infiel conmigo hago
de plática tan odiosa
cómplice indigno á mi labio?
Empañan tupidas nubes
el brillante cielo claro
de mi lealtad, que es mas pura,
que ese blandon de los astros:
que alguna vez, pues el cielo
no permite los agravios,
saldrá el sol de mi inocencia
de tan obscuros nublados
á disipar los vapores,
que la envidia ha condensado.
Y hasta que amanezca el dia
de tan ciertos desengaños,
lloremos, ojos, lloremos,
sintamos, penas, sintamos. *Vase.*
Pereg. Ayer, que para sus cosas
necesitó el Rey á mi amo,
de mercedes y grandezas
le llenó de arriba abajo:
y hoy que no lo necesita,
le envia á espulgar á un galgo:
y si esto hace un Rey, señores,
qué hay que fiar de un indiano?

ACTO SEGUNDO.

Dentro voces en distintas partes.
Unos. Ataja, que dando el aire
volantes rizadas flechas,
herido el jabalí, busca
en el monte su defensa.
Otros. Seguidle todos, seguidle,
antes que al prado descienda.
Unos. A la cumbre. *Otros.* A la espesura.
Unos. Al monte. *Otros.* Al valle.
Todos. A la selva.
Salen Federico y Peregil de caza.
Feder. Peregil, pues el estruendo
de las ruidosas inquietas
dulces venatorias salvas,
que la verde region pueblan
de este enmarañado bosque,
cuya fragosa maleza
los cristales del Danubio
bulliciosamente riegan,
publica que á los confines
de su matizada esfera
para el Rey nuestro señor
cuya vida al ave exceda,
que el mauseolo de resas
transforma en cunas de perlas,
en tan deliciosa tarde
la batida está dispuesta.
Ya que el venenoso ceño
de esa injusta deidad necia,
á quien dieron los gentiles
adoraciones y ofrendas:
la fortuna, en fin, que airada
en mí sus rigores prueba,
me desvanece la gloria
de que yo su rostro vea,
desde aquel infausto dia,
en que contra mi inocencia
abortó la envidia todo
el volcan de su fiereza,
dejando para otro tiempo
la grata diversion nuestra;
separados del bullicio,
demos á la quinta vuelta.
Pereg. Por mí vamos al instante
á la quinta ó á la sexta,
porque yo estoy á la cuarta,
y van á tocar á tercia.
Feder. Posible es que no te guste
de la caza la tarea?
Pereg. La caza? Jesus! los dedos
me suelo comer tras ella.
Feder. Cuando?
Pereg Cuando está en el plato

con su sal y su pimienta.
Dentro unos. Por aqui, por aqui baja.
Lid. Disparadle. *Todos.* Muera, muera.
Dentro Rey Jesus mil veces, Jesus!
Pereg. Otra música es aquella.
Dentro Aurel. Acudid, acudid todos,
que al Rey, por inadvertencia
herido el caballo, arroja
desde las mas altas peñas.
Unos. Qué lástima! *Otros.* Qué desdicha!
Unos Qué sentimiento! *Otros.* Qué pena!
Pereg. Señores, no es fuerte cosa,
que entre Reyes y Princesas
siempre paran en despeños
las cazas de las comedias?
Feder. A qué mi valor aguarda,
que á socorrer no me lleva,
del Monarca mas heroico
la mas infausta tragedia? *Vase.*
Pereg. Eso sí, hazte pedazos
por librarle de la quema,
y que todos sus amigos
se estén con la boca abierta;
pero en viendo el riesgo al ojo,
el mas amigo la pega.
Malo es aquello: el caballo
al Rey precipitó en tierra,
y enlazado del estribo
le arrastra, hiere y golpea,
aunque disparado corre,
atina con la vereda,
porque hoy el que mas dispara,
es el que mejor acierta.
Pero mi amo á las salidas
le va cogiendo las vueltas;
no corre tanto en Madrid,
junto á la Casa Profesa,
el alquiler de una casa,
como él los pasos aprieta.
Ya se le pone delante,
ya en detenerle se empeña,
ya desnuda el blanco acero,
ya las rodillas le quiebra,
y el que antes gastaba plantas,
hoy ya no puede echar piernas.
Ya el Rey, que era desmayado,
del estribo desenreda,
ya en sus hombros le recibe:
fuego de Dios como pesa!
Parece por lo rollizo,
panadero de Ballecas.
Iré á ayudarle, señores?
sí, que en este caso es fuerza;
pero no quiero que digan,
que se egecutó la fiesta
con ayuda de vecinos,
que será geringa y media.
Ya de las peñas lo libra,
ya por el bosque lo lleva,
y despues de estas andanzas,
ya lo trae á mi presencia.

Sale Federico, que trae al Rey sobre sus hombros, y le reclina en una peña, que habrá en el teatro.

Feder. Volved ya, señor, volved
del éxtasis, que enagena
sus operaciones sabias
á vuestras nobles potencias.
Ved que pendiente del susto
está la Ungría suspensa
y del dolor traspasada,
ni aun los suspiros encuentra.
No la helada sangre al mundo
prive de alma tan perfecta,
pues para vivificarla
daros sabrá mi fineza
todo el calor de mi pecho,
todo el carmin de mis venas.
Pereg. Miren qué paso tan tierno,
si con una dama fuera!
mas con damas tales pasos
al mas recoleto alteran.
Feder. Ay de mí, que poseido
de la rigida violencia
del accidente, que cubre
sus ojos de noche eterna,
aun no da señas de vida!
Pereg. Me rio yo de esas señas:
mugeres he visto yo,
que han estado con la vela,
y luego han despavilado
maridos como grageas;
mas una gran cosa logra
el Rey si se muere de esta.
Feder. Y cuál es? *Pereg.* El libertarse
de médicos y recetas,
que para ir al otro mundo
son las postas mas ligeras.
Feder. Calla, loco, que no es *Dale.*
ocasion de burlas esta.
Pereg. Burlas? mal año en las burlas,
que á mí se me han hecho veras.
Feder. Anda, llégate á la quinta,
y dispon con diligencia,
que para llevar el cuerpo
envien una litera,
mientras yo de aquella fuente
(que si ayer clara y risueña
venturas de amor cantaba,
hoy fúnebre y lastimera,
con sollozos de cristal
esta desgracia lamenta)

voy por agua, pues no basta
la que mis ojos anega. *Vase.*

Pereg. Está muy bien: voy corriendo,
ya que hoy en aquesta selva
la carrera del caballo
nos hace andar á carrera. *Vase.*

Sale Lidoro de caza.

Lidor. Qué débiles en el mundo
son de los hombres las fuerzas,
cuando el cielo no se pone
de parte de sus ideas!
Dígalo yo, que aspirando
al trono, cetro y diadema
de Ungría, á costa de tantas
sediciosas turbulencias,
resolví dar muerte al Rey
en lo oculto de estas breñas:
para cuyo fin dispuse,
que al ir siguiendo las fieras
un montero, á quien el oro
animó para la empresa,
un tiro le disparase,
como que fue inadvertencia;
pero el cielo, que hoy airado
mis máximas desordena,
permitió, que errado el tiro
tan solo al caballo hiriera.
Y aunque asombrado del golpe
al Rey precipitó en tierra,
y del estribo pendiente
le emboscó por la maleza,
hasta perderle de vista
toda su familia regia,
que acobardada del susto,
por varias partes se ausenta,
menos yo, que deseando
ver el fin de su tragedia,
discurrí el frondoso bosque,
y en su intrincada aspereza
encontré al bruto manchando
de corales las arenas;
temo::- Mas qué es lo que miro?
es ilusion de la idea?
No es el Rey aquel que yace
reclinado en una peña,
de un trágico parasismo
entregado á la violencia,
que su corazon oprime?
él es, ó mienten las señas.
Propicia ocasion me ofrece
la ocasion, que me alimenta
para quitarle la vida,
sin que ninguno lo entienda.
Sea pues este puñal *Saca un puñal.*
instrumento de su ofensa;
mas por si acaso es fingido
el desmayo, será fuerza
que llegue con disimulo
á asegurar mis sospechas.
Señor invicto::-

Rey. Ay de mí! *Vuelve en sí.*

Lidor. A la vaina el puñal vuelva, *ap.*
pues aqui ya es imposible,
que yo darle muerte pueda.

Rey. Qué es esto, cielos divinos?
dónde estoy? quién me despierta
del pavoroso letargo,
que del golpe á la violencia
adormeció mis sentidos,
cuando al cruzar la maleza
del bosque, hirió mi caballo
de fuego una veloz flecha?

Lidor. Quien, sino es yo, gran señor?
quién, sino es yo, ser pudiera
el que olvidado de cuanto
amable la vida sea,
supo abandonar la suya,
por librar, señor, la vuestra?
(para no perder su gracia, *ap.*
válgame una estratagema)
pues viendo, que inobediente
al imperio de la rienda
disparado el feroz bruto,
por la fatal contingencia
de aquel desmandado tiro
os arroja y os despeña,
veloz le salí al encuentro,
y abatiendo su soberbia,
de su sangre en el mar rojo
hice que ahogado muriera.

Rey. No en vano, Lidoro amigo,
tus lealtades grangean
tanto lugar en mi pecho,
como mi cariño muestra,
pues solo á tu bizarría
debe tan grande fineza:
y asi de primer ministro
á la dignidad suprema
te elevo. *Lidor.* Por tantas honras
tus plantas mi labio besa.
Ah, quién pudiera rabioso *ap.*
darte la muerte sangrienta!

Rey. Qué dices? *Lid.* Qué vuestra vida
los cielos hagan eterna.

Salen Federico con agua, y Aurelio.

Feder. Aqui quedó: mas qué miro?
mil veces en hora buena
sea el venturoso instante,
en que venciendo las nieblas,
que vuestro sol eclipsaron
en tan lúgubre tragedia,
restituyais los candores

de sus claras luces bellas
á los montes, á los prados,
á los riscos, á las selvas,
que tristemente lloraban
de tanto esplendor la ausencia.
Sale Peregil apresurado.
Pereg. Ya en la Quinta::- mas qué veo!
frustróse la diligencia:
y pues ya el Rey está bueno,
voy á decir que no vengan.
Piense ahora en congojitas,
desmayos y pataletas,
y mas de damas al uso,
que de prevencion los llevan,
y en medio de una visita
suelen ensuciar la fiesta. *Vase.*
Rey. No os he dicho, Federico,
que no entreis á mi presencia?
Feder. Nadie como yo, señor,
vuestros preceptos venera;
pero tampoco ninguno
hay que en el amor me exceda
de vuestra augusta persona:
y asi teniendo la pena
de ver, que precipitado
con la herida que le aqueja
el indómito hipogrifo,
que de los del sol fue afrenta,
os despide de la silla,
y arrastra sobre la arena,
dándole muerte animoso,
evité, señor, la vuestra.
Lid. O envidia! qué aquesto escuche! *ap.*
rabio de enojo y de pena:
pero aqui me es conveniente,
que el Rey su verdad no crea.
Rey. Con qué vos me libertasteis
del riesgo?
Feder. Aunque no es fineza,
para quien otras mayores
por vos tiene, señor, hechas,
permitidme y dispensadme,
que me glorie de aquesta:
porque cuando á un infeliz
la fortuna lisonjea
con tan altas proporciones
de acrisolar su inocencia,
desvanece en ocultarlas
la dicha de poseerlas.
Lidor. Pues cómo traidor villano,
engañosamente intentas
atribuirte la gloria,
que á mí el cielo me dispensa?
Feder. Como yo tan solo he sido
dueño de accion tan excelsa;
si bien es verdad, Lidoro,
que si yo sabido hubiera,
que tú de méritos mios
labrar tu fortuna ordenas,
enmudeciera mi labio,
porque á mi lealtad suprema
lograr la empresa le basta,
y mas que el premio se pierda.
Lidor. Quien dijere::- *Empuñan.*
Feder. Quien pensare::-
Rey. Basta: cómo en mi presencia
teneis atrevidamente
osadía tan resuelta?
Lidor. Señor::- *Feder.* Señor::-
Rey. Ea, basta,
y este duelo se suspenda,
que bien sabe mi cariño
á quien la vida le deba.
Cielos, ya se ha descifrado *ap.*
el enigma y la sospecha.
Federico es traidor; puesto
que los méritos se agrega
de Lidoro, para ver
si en premio de tal fineza
le restituyo á mi gracia,
para lograr sus ideas,
pues ya no hay mas que esperar,
castíguele mi soberbia.
Federico, ayer os dije, *A él.*
que jamás a ver volvierais
mi rostro, sino queriais
irritar mas mi clemencia:
y pues no habeis respetado
hoy mis órdenes supremas,
desde mañana mi enojo
es extraña y os destierra
de mi reino, y solamente
os perdona la cabeza,
porque cuando el Gran Señor
á Ungría á conquistar venga,
la corona que os ofrece,
tengais adonde ponerla.
Venid los dos, que ya es tiempo
de que á la Quinta me vuelva,
porque el susto y la caida
algo indispuesto me dejan,
y hasta mañana á la corte
mi regreso es bien difiera. *Vase.*
Aurel. Tus mandatos obedezco. *Vase.*
Lidor. Lográronse mis cautelas. *Vase.*
Feder. Esto mas, cielos divinos!
dónde, dónde habrá paciencia
para ver que se transformen
mis servicios en ofensas,
mis méritos en agravios,
y en desdoros mis finezas?
Traidor yo, cuando latiendo

está en mis heroicas venas
el brillante honor de tanta
esclarecida ascendencia?
Traidor, quien sacrificando
su vida y su inteligencia,
ya en los régios gabinetes,
ya en las marciales palestras,
á los dardos de la envidia
y del cañon á las flechas,
gloriosamente sostuve,
Atlante de mis firmezas,
de Ungría el robusto Imperio,
que ya se venia á tierra
á los incesantes golpes
de las huestes sarracenas?
Y en fin, traidor yo, que viendo
del Rey la desgracia fiera,
en alas de mi cariño,
que á las del viento superan,
ya que no pude evitarla,
logré al menos suspenderla?
Mas cuándo, cuando en el mundo
de este modo no se premian
los corazones leales,
y las justas inocencias?
Qué haré en tantas aflicciones,
desventuras y miserias?
Quién me refugiará, viendo
en mi semblante mi afrenta?
Pero pues ya de mi honor
corre la nave tormenta,
piérdase todo, ó consiga
hallar el puerto á que anhela.
De mi Quinta á la del Rey,
que de la familia nuestra
fue mucho tiempo, hasta tanto
que á su Magestad excelsa
la dió mi difunto padre,
una oculta mina llega,
que para varios intentos
se fabricó con cautela;
y que ignorada de todos,
por escondida y secreta,
me ofrece el paso seguro,
hasta una curiosa pieza,
en donde el Rey por las noches,
cuando en la Quinta se hospeda,
como este dia sucede,
en los libros se recrea:
por ella esta noche intento,
sin que el riesgo me estremezca,
subir á hablarle animoso,
pues conmigo en tal empresa,
ó que mis lealtades viendo,
por mi violado honor vuelva,
ó que irritado de ver
mi atrevida inobediencia,
mande que me den la muerte,
pues vengo á lograr con ella,
que cesen mis sentimientos,
que mis ansias se suspendan;
y en fin, que de una vez pase
mi lealtad y mi inocencia
todo el mar de las congojas,
todo el golfo de las penas. *Vase.*

Sale Peregil.

Pereg. En fin, despues que nos hizo
estirar los cordobanes,
volvió el Rey del accidente,
que le apretaba el gaznate,
con que quedaron á asperges
clérigos y sacristanes.
Hizo bien en no morirse,
aunque el doctor lo mandase;
porque si viera un difunto,
por consuelo de sus males,
lo que en su casa sucede
asi que del mundo parte,
habia de echar de rabia
las tripas y los cuajares.
Mas pues estamos de espacio,
y no nos inquieta nadie,
para divertirnos vaya
una pintura de lance.
Apenas cierra los ojos
el enfermo á los arranques
de la muerte ó del doctor,
que todo es uno en romance
(pues donde un médico entra
al punto un difunto sale)
abren tanto ojo los hijos,
viendo la herencia delante,
y la muger de alegría
está que danza en el aire.
Descerrajan los baules,
y los escritorios abren.
Si dejó mucho, buen hijo:
si dejó poco, mal padre:
si hay talego, era un bendito,
un siervo de Dios, un ángel:
mas si no le hay, era un bruto,
un perdido y un alarbe,
aunque por mucho que deje
todo poco se les hace:
y mientras ellos gozosos
echan á la mosca el guante,
el inocente difunto,
tendido como un alarbe,
está sufriendo las vueltas
de una vieja perdurable,
que al coserle la mortaja,
le atenacea las carnes,

y de los sepultureros
los golpes inaguantables,
pues del primer pisonazo
todos los cascos le abren.
Y la viuda? haciendo el mau,
con sollozos y con ayes,
y el corazon mas alegre,
que una escuela de danzantes,
vestida toda de luto,
cédula, que dice al aire:
aqui se alquila una boda,
el que quiera que no tarde.
Viene luego una parienta
con seis docenas de pages,
no para darla consuelo,
sino solo para hartarse
de dulces y de bebidas,
melindres y chocolate,
y le dice: Ay, hija mia!
contémplote en este lance
traspasada de dolores,
ello la pérdida es grande:
qué se ha de hacer? Dios lo ha hecho,
es menester conformarse;
mañana irémos nosotros:
este mundo, ya se sabe,
que no da de sí otra cosa:
hija, no hay que acongojarse.
Viene despues un usía,
de estos que viven del aire,
dando pésames por fuerza,
y enhorabuenas de balde,
y frunciendo los hocicos,
exótico de semblante
le dice: Acompaño á usted
en el sentimiento grave
de la muerte de Don Pedro:
qué galan era! qué afable!
qué cortés! qué bien hablado!
qué prudente! qué galante!
pues á liberal (Jesus!)
no le ganaria nadie;
y cuando daba un ochavo,
lo cascaba un mal de madre.
Ay, señores, dice entonces
la viuda con dos mil sales,
yo no sé como estoy viva
con pérdida semejante!
Quién me recogerá? quién?
ya yo me quedo en la calle.
Ay, señorita, responde
el usía galafate,
vaya, que no faltará
quien á llevar se prepare
de tan hermosa prebenda
la dulcísima vacante.
Quién me ha de querer á mí?
Ay, Jesus, qué disparate!
Pues, señora, hablémos claro;
si mi amor::- pero esto baste:
usted quiere? Si señor:
pues al instante, al instante;
y de este modo, en un punto,
sin enfriar el cadaver,
lo que era entierro, ya es boda,
y el llanto se vuelve en baile:
ó cuánto de esto sucede
en Madrid y en otras partes!
Mas pues ya mi amo á la Quinta
habrá tomado el portante,
y ya el Rey entró en la suya,
voy diligente á buscarle,
que á las horas de comer
no es bien que un criado falte. *Vase.*

Salen Lidoro y Aurelio.

Lidor. Aurelio, cuando los Reyes,
que son de Dios viva imagen,
y por lo mismo propensos,
mas á derramar piedades,
que no á fulminar rigores,
toman providencias tales;
quién duda, que es el motivo
tan poderoso y tan grave,
que no deja en su justicia
puerta á las benignidades?
Y asi, tened entendido
en suceso tan notable,
que pues ayer demostrando
la estimacion que de él hace,
colmó el Rey á Federico
de honores y dignidades,
y hoy despojado de todas
sus grandezas singulares,
lo destierra de sus reinos,
con severidad tan grande;
para esta accion rigurosa
causa habrá tan dominante,
que de la clemencia anule
las dulces leyes suaves.

Aurel. Ay Lidoro! yo creyera
esa opinion, sin examen,
á no saber claramente,
que en los palacios reales,
golfo que abriga tormentas,
y ofrece serenidades,
de la emulacion rabiosa
á los furiosos embates
fracasan las inocencias,
y peligran las verdades.
Feliz el que separado
de su turbulenta margen,
goza de una paz benigna

las dulces tranquilidades !
Y desdichado de aquel,
que en tan halagüeña carcel
arrastra cadenas de oro,
grillos rompe de diamantes;
pues expuesto á los rencores
de algun vil traidor cobarde,
cuanto mas al solio asciende,
mayor caida le abate.

Lidor. Eso es decir, que el suceso
de su tragedia notable,
se origina de que algun
(mal puedo disimularme) *ap,*
envidioso de sus glorias,
tiró acaso á derribarle?

Aurel. Es muy cierto, y si yo hubiera
de mostrar con realidades
la opinion á que me inclino,
dijera en aqueste lance::-

Lidor. Qué?

Aurel. Que vos sois el traidor,
que la fama le quitasteis.

Lidor. A qué mi furor aguarda?
Muere, aleve. *Riñen.*

Aurel. Muere, infame. *Sale el Rey.*

Rey. Qué es aquesto?

Lidor. Qué ha de ser?
que ese desleal cobarde,
murmura de vuestras leyes
los preceptos inviolables,
diciendo, que es injusticia,
que á Federico se trate
con rigor, y que si en ello
persiste vuestro dictamen,
en venganza de su injuria
sabrá verteros la sangre.

Aurel. Señor::- *Rey.* No me digais mas.

Aurel. Advertid que yo::-

Rey. Ea, baste,
que yo sabré, al que soberbio
torres fabrique en el aire,
antes que su fin consiga,
la cabeza derribarle.

Aurel. Yo, sí::-

Rey. Qué aun tienes aliento,
villano, para mirarme?
Vete ya de mi presencia,
y agradece á mis piedades,
que en un público cadalso
no tus designios ataje.

Aurel. Qué esto se consienta, cielos?
Ah traidor abominable!
aunque me cueste la vida,
de ti tengo de vengarme. *Vase.*

Rey. Tú, Lidoro, claro espejo
de la verdad mas constante,
los brazos me dad por tantas
finezas imponderables.

Lidor. Señor, á mí tantas honras?

Rey. Otras mayores te caben,
pues á ti solo te debo,
con fidelidad tan grande,
la vida, y sobre la vida
todas mis felicidades. *Vase.*

Lidor. Cielos, ya va á descubrirse
la artificiosa, la grave
máquina, que los rencores
de mi ambicion insaciable
labrar supieron á impulso
de cavilaciones tales.
Qué mas feliz coyuntura,
qué ocasion mas favorable
para lograr la corona
la fortuna puede darme?
Ya el Rey en su gabinete
(pues del golpe de esta tarde
se halla tan restablecido,
que no ha querido acostarse)
estará solo, gozando
de la lectura agradable
de los libros, cuyo estudio
corona el desden de Dafne.
Y pues yo de él por mi empleo
tener consigo una llave,
darle la muerte dispongo,
y despues::- mas cosas tales,
hasta que el tiempo las cuente,
justo es que el labio las calle.
Fortuna propicia, siempre
mis designios amparaste,
en este me va la vida,
no tu proteccion me falte. *Vase.*

Sale el Rey.

Rey. Si el hombre, dijo un sabio, á ver llegara
por mas que la ambicion le poseyera,
la fatiga interior que el pecho altera
de un Rey, que al bien de todos se
prepara,
aunque la singular diadema rara
de todo el universo á sus pies viera,
no solamente no se la pusiera,
sino es que por no verla se ausentara.
El laurel, que del cielo los rigores
burla feliz, á las iras crueles
de la tierra, deshoja sus verdores
en los régios magníficos doseles:
que aunque el laurel recrea con sus
flores,
tambien tienen espinas los laureles.
Ah, cielos! cuán á mi costa,
si examino mis sucesos,
de opinion tan verdadera

reconozco los aciertos!
Apenas el Rey mi padre,
mayor diadema adquiriendo,
de Ungria y de Transilvania
colocó en mi mano el cetro,
cuando sobre mí distingo
en continuo movimiento,
negocios tan intrincados,
cuidados de tanto peso,
que en los sustos con que vivo
malogro lo que poseo.
Dejo á un lado, que, sedienta
de sorberse el universo,
la Puerta Otomana quiso
invadir todos mis reinos:
bien que sin fruto, pues cuando
logró mayores trofeos,
vino á ser en marcial choque
derrotada, y hasta el viento
castigó de sus banderas
los desanimados vuelos:
y voy á las graves dudas,
sustos y desasosiegos,
que me cuestan los negocios
interiores de mi reino.
Yo blandamente inclinado
á las prendas y talentos
de Federico, que supo
lugar hacerse en mi afecto,
no solo de mi corona
le fié todo el gobierno,
sino es tambien los arcanos
mas ocultos de mi pecho.
El, por otra parte, tanto
desempeñó sus empleos,
que no dejó á mis temores
ni aun el mas leve recelo.
Pero dijo bien un sabio,
tan prudente como experto,
cuando dijo, que si un hombre
de otro hombre pudiera atento,
como por una vidriera,
ver del corazon el centro,
nada viera, porque solo
al contemplarle tan lleno
de cavilaciones, fraudes,
engaños y fingimientos,
ó se tapara los ojos,
ó se fuera de él huyendo.
Yo no ignoro que la envidia
tiene solo por empleo
derribar á cuantos logran
algun superior asiento;
pero en el caso presente
no tiene entrada su empeño,
pues nadie, sino es Lidoro,
su traicion ha descubierto:
y este lo hace, movido
de su lealtad, lo primero,
y lo segundo, del grande
cariño que yo le debo:
pues como::- Pero parece
que en mis sentidos vertiendo
las suaves confecciones
de sus opios y veleños,
ladron apacible usurpa
sus egercicios Morfeo.
Descansar pretendo un rato *Siéntase.*
en aquesta silla. O sueño!
quién podrá eximirse, quién
de las leyes de tu imperio,
si á tu potencia tributan
hasta los Monarcas feudo?

Duérmese, y sale Federico.

Feder. Clara venébola estrella
del superior Firmamento,
mis intenciones dirige,
patrocina mis deseos,
pues sin ser de nadie visto,
he llegado á este aposento.
El Rey al grave cansancio
rendido, segun observo,
de la caza de esta tarde,
y del accidente fiero,
dormido se deja ver;
y pues á este sitio pienso
que nadie entrar puede, á causa
de estar cerrado por dentro,
y en quedarme en él oculto
nada por ahora arriesgo,
entre tanto que despierte,
á este lado esperar quiero.

Retírase á un lado del paño, y por el otro sale Lidoro.

Lidor. Ya me brinda la fortuna
con el fin de mis intentos,
pues allí descubro al Rey
sobre una silla durmiendo.

Feder. Qué miro? Lidoro es este:
malogróse mi desvelo:
que no previniese yo,
que por razon de su empleo
tiene de estos cuartos llave?
hay mas infeliz suceso!

Lidor. Y pues no puede la suerte
proteger mejor mi arresto,
desnude el puñal agudo
la cólera de mi pecho,
y dé principio su muerte
al logro de mis deseos.

Feder. Qué escucho, cielos divinos!
habrá mas aleve intento?

Va Lidoro á dar al Rey con el puñal, quítasele Federico, y teniéndole asido despierta.

Lid. Muera pues. *Fed.* Traidor, aguarda.
Lid. Suelta, atrevido. *Rey.* Qué es esto?
Lid. Qué ha de ser, Príncipe Augusto?
lo que demuestra el suceso:
vos dormido, ese villano,
que hasta aqui vino encubierto
con el acero desnudo
para herir vuestro real pecho:
y yo al mirar su traicion,
vuestra vida defendiendo.
Feder. Señor::- yo::- si::-
Rey. Calla, calla,
bárbaro monstruo sangriento.
Ha de mi guardia, soldados:
hola, Fabio, Julio, Aurelio.

Salen Aurelio y Peregil.

Aurel. Gran señor, qué es lo que mandas?
Pereg. Gran señor::- pero qué veo?
mi amo aqui? por dónde vino?
Si ahora en casa le dejo!
él tiene gana, sin duda,
de que le muelan los huesos.
Rey A la torre de palacio
llevad ese traidor preso,
en donde á cuantos conspiran
contra mi vida y mi reino,
escarmiente su cabeza.
Pereg. Eso es tirarle al degüello.
Lidor. De gran peligro he sálido. *ap.*
Aurel. Viva estatua soy de hielo;
pero para mí estos son *ap.*
de Lidoro fingimientos.
Feder. Gran señor, de tus rigores,
á tus piedades apelo;
oidme, señor, oidme.
Rey. Que aun tengas atrevimiento
para hablar? Ea, llevadle.
Feder. No siento, señor, no siento
la injusta muerte, que aguarda
mi triste inocente pecho:
solo el corazon me parte
el llegar á ver (ah cielos!
quién para inmensos dolores
raudales tuviera inmensos!)
que en esta ocasion, violando
de la clemencia los fueros,
obscurezcais, gran señor,
el blason de justiciero.
Vos, señor, á quien en tantas
lides, en tantos empeños,
ya en la corte gobernando,
ya en la campaña venciendo,
de mis lealtades heroicas
dadas tantas pruebas tengo;
solo por un leve informe,
de toda verdad ageno,
y producido de quien
intenta::- (pero callemos,
que mas que mi labio explique,
pronuncia aqui mi silencio)
vibrais las agudas flechas
de rigurosos decretos
contra una vida, que ha sido
escudo del laurel vuestro?
Qué dirá el mundo, señor,
de tales procedimientos?
A quien os sirve zeloso,
castigos le dais por premios?
Con tan vil desconfianza
se pagan tan nobles hechos?
Ea, pues, volved en vos,
mi Rey, mi señor, mi dueño,
que venerando la tierra,
que hace vuestra planta cielo,
os pido, que deshagais
aqueste agravio á vos mesmo,
pues no debeis presumir
de hombre como yo ese yerro,
que soy quien soy, y jamás
desdecir de quien soy puedo.
Asi me volveis la espalda,
airado el rostro y severo?
Muy cobarde es mi dolor,
pues no sufoca mi aliento.
En fin, señor, qué respuesta
me dais, si es que la merezco?
Rey. Que del haberos quedado
oculto en este aposento,
y del haber esgrimido
contra mi vida el acero,
luego que dormido estuve,
vuestra deslealtad infiero:
y asi, poneos bien con Dios,
porque habeis de morir presto.
Feder. Ay de mí! que ya la suerte
contra mi vida echó el resto.
Rey. Y á ese criado::-
Pereg. Qué escucho!
ahora me da cordelejo.
Rey. Aunque por cómplice infame
de los designios protervos
de ese traidor, merecia
para el público escarmiento
colgarle de un arbol::- *Pereg.* Soga.
Rey. O quemarle vivo::- *Pereg.* Fuego.
Rey. No se le permita entrar
en mi palacio. *Pereg.* Laus Deo.
Desde hoy me quedo en la calle,
mas ya en la plaza no quedo.

Rey. Ay Federico, qué mal
mi cariño has satisfecho! *Vase.*
Lidor. Feliz he sido, celebre *ap.*
mi ventura el universo;
pues si muere Federico,
ya seguro el laurel tengo. *Vase.*
Feder. Ha traidor falso engañoso!
Aurel. Venid, señor, y los cielos
sean testigos de cuanto
vuestras desventuras siento.
Pereg. Mas lo siento yo, que voy
á aprender oficio nuevo:
ay amo del alma mia!
Feder. Quita, loco. *Per.* Quita, cuerdo.
Feder. Aurelio, bien informado
estoy del cariño vuestro,
y nadie como yo sabe
el enemigo que tengo:
mas pues ya logra que pague
mi vida sus desaciertos,
calmarán de su codicia
los insaciables deseos:
el tiempo todo lo acaba.
Vamos á morir, Aurelio,
que nada mi pecho altera,
pues semejantes sucesos,
juegos son de la fortuna.
Pereg. Malditos sean sus juegos.
Feder. Ya el último parasismo
de mis trágicos sucesos
llegó: pero en vano, en vano
respiro quejas al viento,
pues sordos á mis suspiros
ya son de bronce los cielos.
Ay del que nace del hado
á los rigores expuesto!
Ay del que al solio se encumbra
para encontrar su despeño! (plo,
Y ay del que nace á ser trágico egem-
que á la fortuna representa el tiempo!
Vase Federico.
Pereg. Cátate aqui a Peregil,
la salsa de los gracejos,
hecho un pobre pelagatos
de un insigne caballero.
Esto es el mundo, mal año
para el pícaro embustero:
no quiero mas sinsabores,
yo retirarme de él quiero.
Vase quitando lo que dicen los versos.
A Dios, sombrero raido,
hombre de mucho desuello:
á Dios, peluquin peinado
con polvos de zapatero:
á Dios, militar vestido,
congregacion de remiendos:
á Dios, cortadora espada,
doncella, y no de estos tiempos:
á Dios, galas; á Dios, joyas;
á Dios, honras; á Dios, puestos,
que ya en despeño ha parado
de mi vida el desconcierto.
Ay del que viene á este mundo
para no tener dinero!
Ay del que sube á un andamio
para estrellarse los sesos!
Y ay del que nace á ser cabo y sargento
de la sopa que dan en los conventos!

ACTO TERCERO.

Sale Peregil de pobre ridículo, con dos muletas, una pierna de palo, un parche en un ojo, y una corcoba detras.

Pereg. Socorran de dos en dos
á quien por no tener cobre,
es pobre; pero en ser pobre
tiene todo el bien de Dios.
Den limosna con franqueza
á un marido sin fortuna,
que quedó tullido de una
destemplanza de cabeza.
Duélanse con fe sencilla
de una pierna nada tierna,
tan cortés, que á la otra pierna
hincando está la rodilla.
Asistan á un buen cristiano,
á quien un tumor de plomo
le virió tres dedos, como
por la palma de la mano.
Logre á todos compungir
esta corcoba de vino,
tan preñada, que imagino,
que está en dias de parir.
Lastímense del sonrojo
de un tuerto, que en una reja
le sacó el ojo una vieja,
porque echó á una niña el ojo.
Mucha gente que lo tiene,
va y viene donde estoy yo,
sin dárseme mas por lo
que va, que por lo que viene.
Nada me alivia cortés,
pues el hombre mas sencillo,
por no aflojar el bolsillo,
aprieta al punto los pies.
Ninguna, aunque esté asomada,
tira un cuarto á mis porfías;
porque todos estos dias
la limosna anda tirada.

Reniego de la labor
con que mi sustento cazo,
desde que cayó en el lazo
el bueno de mi señor.
Por mas chillidos que dan
mis voces, en tal quimera
no encuentro quien darme quiera
un tapa-boca de pan.
Mejor es en tal quebranto,
para echar medio cuartillo,
tomar un hombre un platillo
del hoyo del campo santo,
y luego en las mañanitas
repetir, para que den:
Acordémonos del bien
de las animas benditas.
Pero sin causa á sentir
llegó esta vida gustosa;
porque el pedir una cosa
es, que no hay mas que pedir:
pues si á decirlo me aplico,
hoy en el mundo es sin freno
el fingirse malo, bueno,
y el hacerse pobre, rico.
Lo primero, yo no dejo
paga á todo cuanto tomo;
porque el pobre es libre, como
el barraco del concejo.
Yo me levanto caliente
á las diez, como hombre antiguo,
y al instante me santiguo
con dos cuartos de aguardiente.
A un garito mi fe baja,
donde muchos se entretienen,
y así que las cartas vienen,
me meto al punto en baraja.
Dos tazas dan á la una
de caldo y sopas, por Dios,
y en demanda de las dos,
me voy corriendo á la una.
Junto al Galopin me emboco,
y que grito mucho escucho;
pero aunque yo grito mucho,
á mí se me da muy poco.
Esta comida cogida,
otra mi desvelo agencia;
porque lo que es esta ciencia,
la llevo yo ya comida.
Por la tarde con fervor
me voy al sol de los prados
á buscar á mis criados,
por ser todos de mi humor.
Ellos al verme de chanza
me pican con mil desuellos,
y por eso yo con ellos
traigo una grande matanza.
Luego á casa mi destino
dirijo á cerrar el ojo,
y en el camino recojo
lo que encuenlro de camino.
Ceno mucho, bebo bien,
y duermo á pierna tendida;
y ve aqui toda mi vida
por siempre jamas, amen.
Este dulce guirigay
mucho á mi genio conviene:
pero hácia aqui Aurelio viene,
hombre de bien, si los hay.
En él mi amo, allá en la torre,
no hay fineza que no encuentre;
y aun la plaza de mi vientre
de cuando en cuando socorre.

Sale Aurelio.

Aurel. Por aqui mi pecho ordena:-
mas qué miro? *Pereg.* Linda flor!
Aurel. No es Peregil? *Pereg.* No señor.
Aurel. Pues quién eres?
Pereg. Yerba-buena.
Aurel. Pues quien, sin piedad ni fe,
puso á Yerba-buena así?
Pereg. La mala que descubrí,
y la buena que pisé.
Aurel. Qué tumores tan fatales
son los que tienes hoy dia?
Pereg. Bultos que de noche cria
la humedad de los portales.
Aurel. Pues á qué fin, sin cuidado,
pusiste en ellos los pies?
Pereg. A buscar lo que despues
me pesó de haber hallado.
Aurel. Y solo de tal ceguera
sus males tu cuerpo roba?
Pereg. Todos, menos la corcoba,
que esa se echa el cuerpo fuera.
Aurel. Pues si todos los demás
allí tu pena encontró,
cómo la corcoba no?
Pereg. Porque esa viene de atras.
Aurel. Y para que no se encone,
qué manda el Médico, qué?
Pereg. Que estudie en los libros de
Salgado de Retencione.
Aurel. Pero que por tus locuras
padezcas tanto dolor?
Pereg. Dios le libre á usted, señor,
de tentaciones á obscuras.
Mas pues ya el hambre me altera,
y usted se muda á palacio,
ya hablarémos mas de espacio.
A Dios, hijo. *Aurel.* Aguarda, espera.
Pereg. Usted metido en su tropa,
no tiene que hacer acá,

y yo tengo que ir á la
oficina de la sopa.
Aurel. No quieres á tu amo ver,
que por tí me ha preguntado?
Pereg. Cómo, si está mas cerrado,
que cajon de mercader?
Aurel. Yo conducirte prometo
á verle en desdicha igual;
pero esto ha de ser con tal,
que me guardes el secreto.
Pereg. Secreto yo? no batallen,
que no puedo. *Aurel.* Por qué no?
Pereg. Porque aunque le guarde yo,
está á pique que me lo hallen.
Aurel. Nada tienes que temer,
cuando soy yo quien te llamo.
Pereg. Pues si yo veo á mi amo,
me viene á mí Dios á ver.
Aurel. Qué en fin vienes?
Pereg. Linda ropa!
Aurel. Pues vamos juntos los dos.
Pereg. Vamos aprisa, por Dios,
que se acabará la sopa. *Vanse.*

Sale Federico en la prision.

Feder. Ven, muerte, tan escondida,
que no te sienta venir,
porque el placer del morir
no me vuelva á dar la vida.
Dulce muerte, á quien camino,
ven, si te apiada mi voz,
tan escondida y veloz,
como mi desgracia vino:
asi logrará el destino
ver su sentencia cumplida;
apresura pues la herida,
muerte, y no suspensa quedes;
mas si tan veloz no puedes,
ven, muerte, tan escondida.
La muerte á mi mal esquivo,
que es solo el alivio infiero,
y asi, el gozo de que muero,
temo que me deje vivo:
por esto (ó muerte!) apercibo,
que oculta me hayas de herir;
y asi, cuando al dividir
tu segur mi corazon
venir te sienta, dispon
que no te sienta venir.
Al que la vida prefiere,
la muerte veloz ofusca,
solo la muerte no busca
al que la vida no quiere:
de esto una duda se infiere,
que nadie ha de decidir,
si en el mundo, á mi sentir,
consecuencia regular,
no es del vivir el pesar,
por qué el placer del morir?
La suerte tirana y dura,
al que ser infeliz llega,
hasta la muerte le niega,
porque sus males apura:
y como tanta ventura
es el conseguir su herida,
en tormenta tan crecida
recela mi dolor fuerte,
que el gozo de ver mi muerte,
no me vuelva á dar la vida.
Ay de mí! que mis suspiros
acrecientan mi dolor.

Sale Peregil.

Pereg. Señor, acá estamos todos:
alabado sea Dios.
Feder. Peregil? qué es lo que miro!
Pereg. Mudanzas del mundo son,
que juega con todos á
lo de quita, saca y pon;
pues siendo ayer un marques,
hoy un saca-trapos soy.
Aprended, flores, de mí,
lo que va de ayer á hoy.
Feder. Pero quién, dime, ha causado
tan graves males?
Pereg. Quién? yo;
pues hoy en dia, á Dios gracias,
mis males, mis bienes son,
y con ellos paso una
vida de un corregidor.
Feder. Pues qué es eso de la pierna?
Pereg. Tramoya de elevacion.
Arroja las muletas, y empieza á correr.
Feder. Qué es lo que haces?
Pereg. Qué? volver
á las andadas, señor.
Feder. Y á qué vas á la ventana?
Pereg. A ver si soy corredor.
Feder. Y los dedos?
Pereg. Esa es otra.
Feder. Qué los has hecho, bufon?
Pereg. Ellos son los que me dan
la mano en tanta afliccion;
pues si supieran la mosca,
que caza aquesta invencion,
tomarian el tener
menos dedos mas de dos.
Feder. Qué es eso de la corcoba?
Pereg. Es mostrar, que mi intencion
no es recta, pero me vale
cada semana un doblon,
que aunque es mal que atras se queda,
jamás atras se quedó.
Feder. Y el ojo izquierdo?

Pereg. Ese es
mi mayorazgo mayor:
ahí no es nada lo del ojo,
consérvemelo el Señor:
pues despues que él no vió nada,
no vió nadie lo que él vió.
Feder. Y en qué estado está mi causa ?
Pereg. Dicen, que de la prision
te sacarán brevemente:
pero será en procesion,
dirigiendo tu paseo
hácia la Plaza Mayor,
para que en ella el Verdugo,
que es un buen sastre, por Dios,
eche en el aire un cuchillo
de tu garganta al calzon.
Ah! lleve el diablo al infame
pícaro revolvedor
de Lidoro, que es la causa
de toda aquesta funcion,
teniendo por que callar,
y no ser un hablador.
Feder. Pues imaginas tú acaso,
que Lidoro fue traidor ?
Pereg. Mas que el Conde Don Julian,
que Bellido y Galalon.
Feder. No atribuyas neciamente
á tan ínclito varon
mi desgracia, pues el cielo
es solo de ella el autor.
No hay en el terrestre globo
privanza tan superior,
que á las injurias del tiempo,
con indecible teson,
no se desvanezca sombra,
ó no se marchite flor.
Pensar que el brazo del hombre
puede hacer esto, es error:
pues para tan grande triunfo
débiles sus fuerzas son,
y cualquiera que lo mire
á la luz de la razon,
conocerá que interviene
en ello causa mayor.
Esta es Dios, único movil
de la humana variacion,
que eso de que la fortuna
tenga tal jurisdiccion,
el gentil puede creerlo,
pero el católico no.
Pues si aquesto reconozco,
por qué me he de quejar yo,
de quien es el instrumento
de las máximas de Dios ?
Pereg. Pues si Lidoro no fuera,
estarias tú en prision ?
Feder. Sí, que si estaba del cielo,
que pasase tal rigor,
en otro sugeto hubiera
recaido la eleccion.
Pereg. Una por una, él se da
una vida de un señor,
siendo un pícaro velitre,
sucio, insolente, bribon,
que me tiene mas hambriento,
que page de relator,
y como le coja::- *Feder.* Calla.
Pereg. Mala muerte le dé Dios.
Feder. No te alteres.
Pereg. Soy un diablo,
un Atila y un Neron.
Feder. No harás por mí una fineza ?
Pereg. Esa es buena: por qué no ?
Sacaré un cuarto á un indiano,
engañaré á un impresor,
y daré muerte, si quieres,
al gallo de la pasion.
Feder. Pues mira, yo conociendo,
no sin angustia y dolor,
la lentitud con que el Rey
trata mis negocios hoy,
de escribirle un memorial
tengo la resolucion:
y porque á sus manos llegue
con seguridad mayor,
de ti valerme pretendo,
pues con tu chiste y tu humor,
para ponerle en sus manos
no te faltará ocasion.
Pereg Y será cosa, de que
en premio de tal favor,
haga el Verdugo en la plaza
con mi lengua un salpicon ?
Feder. No, que á nadie ofender puede
tan debida pretension:
y pues confiscados todos
mis bienes, no tengo hoy
mas que este diamante, él sea
premio de tan noble accion.
Pereg Señor, yo::-
Feder. No me repliques.
Pereg. Sí ? pues venga á lo doctor.
Feder. Ven, que en el cuarto de adentro
á escribir el papel voy.
Cielos, no quiero la vida,
sino acrisolais mi honor. *Vase.*
Pereg. Vamos: de esta vez me prenden,
me zampan en un seron,
me ponen en una horca,
me lleva el diablo, y á Dios. *Vase.*

Sale Lidoro.

Lidor. Qué mal descansa, cielos,

entre sustos, congojas y recelos,
quien brazo á brazo lidia
con el soberbio monstruo de la envidia!
Y mas si, como yo, sufrir consiente,
de la ambicion la hidropesía ardiente.
Hoy la paz alterando en Alemania,
de Ungria al trono aspiro, Transilvania,
y aun para mi insaciable fuego aleve,
es aquesta faccion trofeo breve,
hasta que logre mi rencor perverso
el laurel deshojar del universo.
Todas las guarniciones
de las mas numerosas poblaciones,
me prometen felices vencimientos,
y aun en la corte apoyan mis intentos.
Solo me da cuidado
el dar la muerte al Rey determinado;
pues aunque por dos veces
lo pensaron lograr mis altiveces,
le libró Federico, honor del orbe,
mas ya no hay Federico que lo estorbe:
pues al impulso de mi informe falso,
en un funesto público cadalso,
si el cielo su desgracia no remedia,
hará en el mundo la mayor tragedia.
Pero hácia aqui se ha entrado
de Federico aquel leal criado,
que por mi causa expuesto á mil injurias,
lleno está de desdichas y penurias.
De él pretendo valerme,
pues si una vez se empeña en protegerme,
segun la lealtad de su persona,
seguro tengo el cetro y la corona.
Sale Peregil de pobre, sin muletas.
Per. Si de este memorial salgo sin males,
me meto á conductor de memoriales.
Por aqui::- mas qué veo! ay qué retablo!
á mí y al memorial nos lleva el diablo.
Lid. Ven acá, picaron. *Per.* Ah boca falsa!
Lidor. Dónde andas, Peregil?
Pereg. Ando en la salsa,
y ahora traigo de tales turbaciones
sembrado el peregil en los calzones.
Lid. Qué males son aquesos?
Pereg. Son mis bienes. (tienes?
Lid. Y en qué consiste el mal olor que
Per. En que mi fiel persona desgraciada,
si fue valida ayer, hoy es privada.
Lid. Mira, si yo te premio con largueza,
por mí querrás hacer una fineza?
Pereg. Como sea llevar algun billete,
egercer el oficio de alcahuete,
citar á una muger á una hostería,
engañar á su madre ó á su tia,
robar á un mercader con diligencia,
ó cosa que no cargue mi conciencia,
desde luego me animo á tal intento;
mas si es algun pecado me arrepiento.
Lidor. Como tú diligente y cuidadoso
patrocines mis máximas zeloso,
te he de hacer hombre.
Pereg. Linda es la zozobra!
dias ha que mi padre hizo esa obra.
Lid. Quiero decir, que premiaré tu encargo
con ricas joyas, y con un gran cargo.
Per. Pues como sea hurtar, al punto llego;
porque yo á casos de honra no me niego.
Lidor. Tendrás brio y aliento::-
Pereg. Y aun recato.
Lid. Para con sutil puñal::- *Per.* Zapato.
Lidor. Quitar la vida al Rey?
Pereg. Bella partida!
esa no es accion justa ni debida.
Lid. Qué importa, si así logras el trofeo
de salir de miserias? *Per.* Ya lo veo.
Lid. Pues vaya. *Per.* Qué? *Lid.* Responde.
Pereg. Hay tal postema!
hasta en el escupir gasto yo flema:
mas no daré respuesta á tal embite,
sin que primero me recapacite,
en si me darán tales funciones. nes,
Lid. Pues mientras yo discurro esos salo-
lo que hacer determinas reflexiona,
mira que me va en ello la corona. *Vase.*
Per. Ahora bien, pues ya solos nos vemos,
este grave negocio consultemos.
Supongamos que al Rey las vueltas cojo,
que le envaino el puñal, que cierra el ojo,
que se descubre el cuento en un instante,
que viene un alguacil y me echa el guante,
que á la carcel me llevan y me doman,
que luego alli la confesion me toman,
en la cual yo me turbo muy cobarde,
porque la suelo hacer de tarde en tarde:
bien que mi flojedad no se disculpa,
pues si no me confieso es por mi culpa;
que al degüello me tiran mano á mano
procurador, agente y escribano:
uno pide, otro chupa, otro da prisa,
y entre todos me dejan en camisa;
que viendo que yo niego esto y esotro,
sin mas ni mas me montan en el potro,
en donde, aunque mi voz sea muy lerda,
me hacen cantar por debajo de cuerda:
pues al sufrir dolor tan riguroso
todo de arriba abajo me descoso:
que despues de esto, si el dinero cunde,
en paz me dejan, porque el pleito se hun-
pero si no la causa sigue lista, (de:
y que en fin llega el dia de la vista,
descúbrense los jueces sin compases,
hechos unos Anases y Caifases,

pregona el relator mi vida justa,
y si hay unto, se come lo que gusta,
pues todo relator discreto y grave,
tiene mas que comer, si comer sabe.
Acábase la historia dura y fuerte,
y empieza un abogado de esta suerte:
Señor, cuando el delito está constante,
no castigar al reo es malsonante,
como dice Barbosa, Ruiz, Medina,
y Calderon en su arte de cocina:
el delito es notorio y bien sabido,
el reo está confeso y convencido:
ergo secundum legem de Mallorcam,
Peregilis colgabitur in horcam.
Luego habla mas ó menos mi abogado,
al tenor de la mosca que le han dado,
y dice: cuando un hombre bien nacido
del vino se contempla poseido;
nada que él egecute satisface,
porque no sabe entonces lo que hace:
y asi, Villegas en su Flos Sanctorum,
dijo: vinus es pater borrachorum:
que él estaba borracho, caso es tierno,
porque es un lobo eterno y sempiterno:
ergo secundum practicam civilis,
debet soltari libris Peregilis.
Poco á poco, señor, que es desacierto,
asi que cerró el ojo, dijo el muerto, (gis
que en juicio le oyó hablar: ergo sin ju-
est Peregilis reus de verdugis,
que asi lo trae Cervantes, por ley ancha,
vida de Don Quijote de la Mancha:
que el borracho está libre afirman bobos,
Villarroel, Villalpando y Villalobos,
y que el muerto mintió dicen, si corres
el Sarrabal y el Piscator de Torres.
El delito es probado; fue de prisa:
pues el Rey no murió? murió de risa:
reus matantis horcam mihi pringo,
nego, concedo, probo sic, distingo;
que un hombre de su ciencia, en qué
me excede?
defienda á un reo que sudar no puede,
y deje al brazo real, de cuyo aumento
puede esperar un buen corregimiento.
Y el alma, señor mio? linda calma!
que se la lleve el diablo: qué buen alma!
Digo que estoy convicto, y por instantes
debe morir el reo, y cuanto antes;
pues segun Ponce, in parrafo candilis
colgari merecetur Peregilis:
eso me gusta: o orgo lege plena:
y el reo? que se ahorque norabuena;
porque Angulo, Pilatos y otros trece,
dicen, que lo bien hecho bien parece;
y asi, plenis cadenibus y grillis,
prevengabitur horquis, campanillis.
Con que en limpio sacamos sin rencilla,
que me zampan despues en la capilla,
y del mal de garganta que me plugo,
muerto entre los calzones del verdugo;
pues no señor, no entiendo aquesa plaga,
métele Dios, y buen provecho le haga.

Sale Lidoro.

Lid. Habiendo á los salones vuelta dado,
vengo á saber lo que has determinado.

Al paño el Rey.

Rey. A Lidoro seguir quiero constante,
que no sé qué me dice su semblante.
Lid. Qué es pues lo que tu voz dice y profiere?
Per. Que ahorcado muera yo si tal hiciere.
Lid. Con que dar muerte al Rey dudas?
Rey. Qué escucho? *Per.* Si señor.
Lid. Ah, cobarde! *Pereg.* Pero mucho.
Rey. Cielos, habrá maldad mas conocida?
Lid. Dale muerte.
Per. Yo muerte? no en su vida. (breve
Lid. No es menester, traidor, que muy en
se la sabré yo dar. *Rey.* Ah infiel aleve!
Li. Pues un medio he pensado y discurrido
con que quede mi intento conseguido:
pero antes::-
Pereg. Ay de mí! que abre los ojos.
Lid. Para que no publiques mis arrojos,
el secreto guardar tu vida cueste.

Vale á dar, y sale el Rey.

Pereg. Que me matan: ay! ay!
Rey. Qué ruido es este?
Lid. De Federico ese traidor criado,
que á buscaros venia disfrazado,
con ánimo, señor, segun comprendo,
de quitaros la vida. *Rey.* Ya os entiendo;
y asi: hola.
Per. Plegue á Dios, que sordos sean:
cerca mi muerte está, pues que me
Rey. Ha de mi guardia? (olean.

Sale Aurelio.

Per. Ay cielos, qué apretones! (pones?
Aur. Qué mandas, gran señor, ó qué dis-
Rey. A ese criado::-
Per. Hoy muero de repente: *Dale el papel.*
deme ese memorial por inocente.
Rey. Para que á verme cada dia venga,
dadle el mejor vestido que yo tenga.
Per. Vestido estés de perlas y diamantes,
de esmeraldas, topacios y brillantes,
desnudo del que tiene frenesíes
de llenar tu vestido de rubíes,
y vestido en el cielo halles tu nido,
sin que del diablo seas embestido.
Rey. Basta, loco. *Aurel.* Venid.

g. Ya voy sin dudas.
eo Judas? *Lidor.* Infame::-
Ahórcate, Judas. *Vanse.*
Algo el Rey escuchó; mas por si acaso,
acelerar mis intenciones paso. *Vase.*
. Qué turbado á Lidoro considero!
su semblante su traicion infiero:
ero este memorial ver solicito: *Lee.*
ice asi: Gran señor, si vuestro invicto
echo suavizar puede mi inocencia,
presurad el fallo á la sentencia,
ue con valor mi espíritu la abraza:
olo temo el pesar que os amenaza, (co
ues vuestra muerte anuncio y pronosti-
en perdiendo la vida. *Federico.*
Ya no hay valor, ya no hay paciencia,
cielos,
para tantas congojas y recelos.
Lidoro aspira á mi laurel; perjuro
de Federico, vivo mal seguro:
y entre uno y otro mi temor advierte
el pálido semblante de la muerte.
Pero antes, pues soberbio lo repite,
que Lidoro se arroje y precipite
á cometer un crímen tan enorme,
de Federico es justo que me informe,
que de este aleve las traiciones sabe:
y pues de su prision tengo una llave,
con ella determino
ver si tales arcanos examino. (cias,
O mundo, en tus grandezas mas propi-
qué amarguras no encubren las delicias!
Vase, y sale Federico en la prision.
Feder. Pálido horroso albergue,
en cuyas sombras confusas
la melancólica noche
sus lobregueces estudia,
pues tu tenebroso centro,
de un vivo cadaver tumba,
con mudo silencio suele
dulcificar mis angustias,
que ya suaviza las penas
el que atento las escucha:
hoy mi voz::- Pero quién pisa
aquesta mansion obscura?
Sale Lidoro.
Lidor. Quien de ella quiere ensalzaros
á la grandeza mas suma.
Sale el Rey al paño.
Rey. Esta es la fúnebre estancia,
que trágicamente ocupa
Federico: mas qué veo!
á cada paso mas dudas,
Lidoro en aqueste sitio?
qué intencion será la suya?
Pero pues no pueden verme,
quiero oir lo que consultan.
Feder. Lidoro, pues á qué efecto
aqui tu anhelo me busca?
Lidor. Sepamos si estamos solos.
Feder. Aqui á nadie hallar discurras,
porque un privado, en cayendo,
pocas visitas disfruta. *Lid.* Pues oid.
Rey. Dónde irán, cielos,
á parar tales preguntas?
Lidor. Airado el Rey, en venganza
de los agravios, que juzga
que le habeis hecho, olvidando
con tirana ley injusta
los trofeos que le dieron
vuestra espada y vuestra pluma,
que en un público cadalso
la vida os quiten promulga;
pero yo reconociendo
cuanto vuestro honor fluctua,
que el perder la vida un noble
ni le altera ni le inmuta,
pidiéndoos perdon de todas
nuestras antiguas disputas,
vengo, no solo á libraros
de tan estrecha clausura,
sino á poner animoso
(ó logre su fin mi astucia!)
en vuestras sienes de Ungría
la Imperial Corona Augusta;
para cuyo efecto, solo
os pido me deis ayuda
para darle muerte al Rey,
que esto en tu valor se funda,
luego que la libertad
mi fineza os restituya.
Rey. Para dar la muerte al Rey?
Feder. Qué aquesto mi pecho sufra!
Lidor. Pues teniendo en favor vuestro
del pueblo todas las turbas;
y yo á todos los soldados,
de las plazas mas robustas,
fácilmente lograrémos,
si protegeis mis industrias,
que muerto el Rey, toda Ungría
su Monarca os constituya.
Rey. Habrá intencion mas villana,
mas aleve, mas injusta?
Pero oigamos qué responde
Federico á la consulta?
Feder. Lidoro, antes que mi labio
mi resolucion descubra,
á cuanto yo preguntare
dareis respuesta? *Lid.* Eso dudas?
Albricias, que segun veo, *ap.*
á mi dictamen se ajusta.
Feder. Pues decidme: no sabeis,

que la sangre que me ilustra,
de verdes laureles ciñe
su anciana pompa difunta ?
Lidor. Quién podrá negaros cosa,
que todo el mundo pronuncia ?
Feder. Desde que ocupé el empleo,
que ocasiona mis angustias,
no he servido á la corona
con la integridad mas pura ?
Lidor. Tanto, que no hay en el reino
pobre, huérfano ni viuda,
que vuestra ausencia no llore
por el mal que les redunda.
Feder. No he manchado el esplendor
de las Otomanas Lunas ?
Lidor. Ellas lo digan, pues yacen
pálidas, tristes y mustias.
Feder. Cuando á Soliman prendí,
fue cómplice de su fuga
mi cuidado ?
Lidor. No por cierto.
Feder. Y decid, no fue cordura
recoger mis tropas, viendo
que la noche nos circunda ?
Lidor. Es claro, mas porque á nadie
atribuyais la calumnia
de esa accion (ya nada pierdo
en descubrir mis industrias,
pues antes asi le animo *ap.*
á que á mi fin se reduzca)
yo fui quien, por ascender
de vuestro empleo á la altura,
os supuse aquese crimen,
que vuestras glorias deslustra,
con una carta fingida,
que tuvo el Rey por segura.
Rey. Ah, vil Lidoro! qué tarde
reconozco tus astucias!
Feder. El dia que despeñado
cayó el Rey á la espesura
del bosque, no di yo muerte
al caballo ? *Lid.* Quién lo duda ?
y mas si añades que el tiro,
que al soberbio bruto asusta
iba encaminado al Rey
por orden mia.
Rey y Feder. Qué escucha
mi pecho! *Lid.* Y por no acertarle,
todo mi intento se frustra,
como tambien, cuando luego
le dejó vuestra ternura
sobre aquella peña, yendo
á una fuente tersa y pura
á buscar agua, que entonces
darle la muerte procura
mi rabia; mas vuelto en sí
mi pretension disimula.
Rey. Que estuviese yo tan ciego,
que no echase de ver nunca
de aqueste traidor villano
las intenciones perjuras!
Feder. Ultimamente, decidme,
cuando aquella noche mustia
estaba durmiendo el Rey,
quise yo matarle ? *Lidor.* Nunca.
Feder. Pues quién ?
Lidor. Yo, que con su muerte
labrar pensé mi ventura.
Rey. Hasta aqui pudo llegar
la obstinacion mas sañuda.
Ay Federico, qué oprobios
has padecido sin culpa!
Feder. Con que todo cuanto he dicho
es evidente ?
Lidor. No hay duda.
Feder. Pues cómo quieres, Lidoro,
que quien de sangre tan pura,
de tan ilustre ascendencia
altos blasones disfruta,
que quien expuesto á los tiros
de la envidia y la calumnia,
en defensa de su Rey,
de su patria y la honra suya,
á la frente de sus tropas
blandiendo la espada aguda,
dejó la muerte cansada
de cortar gargantas turcas:
y en fin, que quien inocente
de las ofensas y culpas
que le han supuesto, ha vivido
con penas, sustos y angustias;
ya en afrentosos destierros,
y ya en prisiones obscuras,
sin que jamas respirase,
ni una queja, con ser justa,
se precipite alevoso
á la maldad mas impura,
que es dar la muerte á su Rey,
de Dios retrato y figura ?
Y agradece á las prisiones,
que mi valor descoyuntan,
el que sin castigo vuelvas
de tu infame vil conducta,
que si no, viven los cielos,
que en venganza de la injuria,
que me haceis en presumir,
que es capaz vuestra locura
de inclinar á tal delito
la lealtad que me ilustra,
os hiciera mas pedazos,
que arenas el mar inunda.
Rey. Ah, fiel amigo! tu nombre

la fama en bronces esculpa.
Lidor. Pues para que en tiempo alguno
reveles lo que rehusas
egecutar, este acero,
que mi cólera desnuda,
ahora que estás indefenso,
te dará muerte sañuda.

Al ir á darle sale el Rey, y le quita el puñal.

Rey. Aguarda, traidor, detente.
Lidor. Estatua he quedado muda.
Feder. Qué es lo que veo?
Rey. Soldados?
Salen Aurelio y Peregil de gala.
Aurel. Señor, qué es lo que promulgas?
Pereg. Señor? Mas qué es lo que miro?
buena está la baraunda.
Que á este pícaro no acaben
de sentarle las costuras!
Rey. Llevad ese traidor preso,
y un cadalso se construya,
que hoy ha de ser su cabeza
desagravio á tanta injuria.
Lidor. Ay de mí!
Pereg. Me alegro mas,
que si fuera suegra suya.
Rey. Y tú, Federico amigo,
de mis imperios colunna,
llega á mis brazos, y en ellos
á mi afecto disimula
el grave crímen, que tanto
mi real corazon angustia
de creer, que en ti pudiese
haber ni aun sombra de culpa,
que yo al mirar, aunque tarde,
de cuanto tu lealtad triunfa,
disipando torpes nieblas
de maliciosas calumnias,
no solo cuantos empleos,
honras y grandezas sumas
gozabas, te restituyo,
sino es que en memoria justa
del lugar, que en mi cariño
hoy tus méritos ocupan,
gran Condestable de Ungría
mi Magestad te intitula.
Feder. Bien, señor, en tantas honras
mostrais que soy vuestra hechura.
Aurel. Digno premio á sus hazañas.
Pereg. Reparen, por vida suya,
qué maldita cara tiene
el primo carnal de Judas.
Rey. Ea, qué aguardais? llevadle,
y la sentencia se cumpla.
Feder. Gran señor, si acaso pueden
merecer vuestra ternura
la púrpura derramada
en tantas marciales luchas,
las excelentes victorias,
que mi brazo reditua;
y en fin, las grandes fatigas,
y las mortales angustias,
que he padecido, mirando
que mis hazañas se ocultan,
que mis méritos se olvidan,
que mi valor se calumnia,
que mi lealtad se ofende,
y se ultraja mi conducta,
que á Lidoro perdoneis
os suplico. *Pereg.* Ay qué locura!
pues no es mejor que le cuelguen,
ó que le echen una ayuda?
Aurel. Calla, loco. *Rey.* Federico,
qué es lo que tu voz pronuncia?
pues cómo, á quien desluciendo
los blasones que te ilustran,
por medio de sus villanas
cavilosas imposturas,
ha sido causa y orígen
de tus adversas fortunas,
quieres librar del castigo,
que á sus traiciones se ajusta?
Feder. Como él ha sido, señor,
el que entre tantas angustias
acrisoló mi lealtad,
que hoy resplandece mas pura;
pues aunque tan tarde vos,
en las sombras que os ofuscan,
habeis, señor, conocido,
porque nada el cielo oculta,
la rectitud de mis obras,
mas vale tarde que nunca.
Y asi, á vuestros pies rendido,
asilo del que los busca,
os pido le perdoneis
el desacierto y la injuria
de haber, señor, conspirado
contra vuestra vida augusta:
que yo, por lo que á mí toca,
su agravio es razon que supla,
pues por él he conseguido,
que mas mi lealtad luzca.
Rey. Qué me podrás tú pedir,
a que yo me niegue nunca?
Ya la gracia de la vida
mi real pecho le asegura.
Lidor. Señor, por mas que este dia
mi vergüenza me confunda,
mis obras os dirán cuanto
mis dictámenes se mudan.
Y á vos, Federico, el alma

á vuestros pies contribuya,
por tan heroica fineza,
dignas alabanzas justas.
Pereg. Qué lástima es no meterle
un rejon por la asadura!
Feder. Alzad, que á mi cargo queda
cuidar de vuestra fortuna:
y á vos, Aurelio, los brazos
cariñosos os descubran
cuanto interesarme pienso
en todas vuestras venturas.
Aurel. La mayor que logro, es ver,
que vuestra inocencia triunfa.
Rey. Ay Federico, ay amigo,
sol de la lealtad mas pura
tarde vino el desengaño.
Feder. Mas vale tarde que nunca.
Pereg. Digo, y á mí, que por ese
cara de tapon de cuba,
he sido cuatro semanas
sobrestante de la tuna,
qué me han de dar?
Rey. Mil ducados.
Pereg. Mil ducados? Esa es zumba,
pues con uno solo hay hombre,
que oro bate y plata acuña.
Todos. Y José Julian de Castro
un vitor humilde busca,
pues aunque tardeis en darle,
mas vale tarde que nunca.

FIN.

VALENCIA: IMPRENTA DE ILDEFONSO MOMPIÉ. AÑO 1825.

Se hallará en su misma librería, calle nueva de San Fernando, núm. 64, junto al Mercado. Igualmente un gran surtido de retacería, estampas pintadas y negras, comedias, sainetes y unipersonales.